

REVISTA MÉDICA DE BOGOTÁ.

ORGANO DE LA SOCIEDAD DE MEDICINA Y CIENCIAS NATURALES.

Redacciones: 1.º Dn. Píoto Gómez.—2.º Dn. Juan de D. Carrasquilla L.

SERIE XIII. BOGOTA, MARZO 1.º DE 1890. NUM. 147.

LA "REVISTA MEDICA DE BOGOTA."

Con el presente número termina la serie XIII de la *Revista* y también el período de dos años para el cual fuimos elegidos Redactores. Para corresponder al honroso cargo que la Sociedad tuvo á bien encomendarnos, hemos puesto, como lo ofrecimos al aceptarlo, " toda nuestra buena voluntad, y hemos hecho todós los esfuerzos posibles para que la *Revista* no decayera ni perdiera su reconocida importancia." Mas, como ni la buena voluntad ni el esfuerzo sean siempre suficientes para el logro del fin propuesto, suplicamos á nuestros honorables colegas se dignen ser indulgentes por los yerros en que involuntariamente hayamos incurrido y benévolos hacia los Redactores.

PROTO GÓMEZ—JUAN DE D. CARRASQUILLA L.

Colegio Mayor de la Gra de
FACULTAD DE MEDICINA
BIBLIOTECA

BOCETO BIOGRAFICO**DEL DR. JOSÉ VICENTE URIBE.****I.**

Estaba ya al finalizarse el primer cuarto de este siglo, cuando fue á establecerse en Titiribí el señor Don Agapito Uribe con su esposa, la señora Doña Teresa Restrepo, con el objeto de consagrarse al beneficio de las minas y á la explotación agrícola de los terrenos de aquella región. La aldea de Titiribí, de la Provincia de Antioquia, situada en medio de las escarpadas montañas de la Cordillera central que van á morir á la margen derecha del río Cauca, estaba entonces rodeada de agreste vegetación, que cubría ricos veneros metalíferos apenas explorados. Establecido allí Don Agapito con su familia, dió principio, con la actividad, inteligencia y constancia del colono antioqueño, al descuaje de los bosques para fundar dehesas y al laboreo de las minas que más tarde han venido á ser una de las fuentes principales de riqueza del país. La fortuna, que no siempre se muestra risueña con el que le consagra sus mejores dotes y aptitudes, sino que antes bien se manifiesta esquiva y desdeñosa, no correspondió en esta ocasión á las aspiraciones del laborioso industrial. Ya sea por las dificultades que ofrecía el lugar para la organización de los trabajos, ya sea porque se ignoraban los procederes que andando el tiempo han ido aplicándose á la metalurgia y explotación de las minas, lo cierto es que Don Agapito sólo encontró obstáculos, quebrantos y decepciones en donde esperaba hallar riqueza y bienestar. Formó, no obstante, un centro industrial de los más ricos y tuvo la satisfacción de ver funcionando en sus minas el primer establecimiento de fundición que existe en la República.

En Titiribí nació, el 4 de Enero de 1833, JOSÉ VICENTE URIBE, el primogénito de los hijos varones de Don Agapito y Doña Teresa, el cual fue objeto especial de los desvelos y atenciones de sus padres. Los primeros años de su vida los pasó en aquellas escabrosas montañas al lado de su inteligente padre y de su virtuosa madre. Cuando hubo salido de la infancia y como manifestase afición al estudio y buenas disposiciones para aprender, resolvieron que fuese á Medellín á recibir instrucción en un Colegio, recomendado á la respetable casa de los señores Gómez Restrepos, con quienes tenía don Agapito relaciones comerciales y amistosas. Hizo en aquella ciudad los estudios de literatura y filosofía, en el Colegio que dirigía el Dr. J. M. F. Lince,

distinguiéndose en él, por su talento nada común, por su carácter independiente, que le proporcionó algunas dificultades, y por el sano criterio que, á pesar de su corta edad, manifestó claramente mientras estuvo de estudiante.

Terminados en el Colegio de Medellín los estudios, manifestó á sus padres que deseaba aprender medicina, y como no había entonces enseñanzas de esta ciencia en otra parte de la República que en Bogotá, hubieron de permitirle sus padres que pasara á la capital, pues no querían privarlo de seguir la carrera que había elegido. Apenas tomada esta resolución y hechos los preparativos del viaje, se puso en camino, lleno de esperanza en el porvenir y con la satisfacción de ver que iba á realizarse su más ardiente deseo. Era JOSÉ VICENTE cuando llegó á Bogotá, un joven de elevada estatura, porte altivo, vigorosa constitución y aire distinguido; su espesa, negra y lacia cabellera, su mirada viva y penetrante, su andar de cierta manera rara y su conversación llena de gracia y donaire, le atrajeron pronto la simpatía de los profesores y alumnos de la Escuela de Medicina.

Hasta aquella época, la enseñanza de la medicina estuvo en la capital de la República muy poco atendida, casi pudiera decirse descuidada, no porque se hubiera creído de poca importancia sino porque, durante la magna guerra de nuestra independencia, sucedió á la medicina lo que á todas las ciencias: los hombres de algún valer é ilustración consagraron toda su actividad, todas sus fuerzas, todo el saber, á la emancipación, teniendo por cosa de poca monta lo que á ese fin no tendiera. Terminada la guerra, la mayor parte de los hombres notables habían desaparecido, quién en los campos de batalla, quién en los cadalsos, y los pocos restos que sobrevivieron á tan terrible lucha, sólo podían atender á la organización política de la patria que, con tantos sacrificios, acababan de libertar de la dominación española. Rotas las comunicaciones con España, mal establecidas aún con las otras naciones europeas, era casi imposible por entonces fomentar la instrucción pública y menos las enseñanzas médicas, que requieren un cuerpo docente numeroso y medios de darlas costosos y difíciles de crear de una vez, puesto que en la época colonial nada se había intentado en este ramo. "Si en los últimos años anteriores á nuestra emancipación, como lo dijo el ilustrado Dr. Cervantes, no se carecía en absoluto del conocimiento de la ciencia médica, sabido es que los colonos vivían ajenos al movimiento civilizador del Viejo Mundo; que sus estudios eran rudimentarios é imperfectos, y que el talento natural

de los que se consagraban al cultivo de las ciencias, se veía rodeado de escollos que sólo podía remover un gobierno propio, libre é independiente, que abriera con franqueza nuestros puertos al tráfico universal que debía traer á estos países, nuevos y casi desconocidos, las conquistas de una larga lucha de progreso, las ventajas de una antigua consagración á la industria humana."

A pesar de todo, y á partir de la mitad del siglo, la enseñanza de la medicina empezó á organizarse, gracias á los esfuerzos de los pocos médicos que entonces había en ejercicio, y pudo URIBE adquirir bastante instrucción en los años que permaneció en Bogotá. Era entonces el Dr. José Félix Merizalde el decano del profesorado médico, hombre ilustrado, observador, que unía á una larga práctica muy variados conocimientos y la más amena é instructiva manera de conducirse con sus discípulos, de quienes se hacía amar instruyéndolos é iniciándolos dulcemente y como por entretenimiento en los arcanos de la ciencia. Regentaba la clase de materia médica y terapéutica, ramos en que tenía hechos estudios especiales, sobre todo en el conocimiento y aplicación de muchas de las valiosas plantas de nuestra rica flora. Tenía á su cargo, además, una de las enfermerías del Hospital de San Juan de Dios, y allí era en donde, rodeado de sus discípulos, daba sus lecciones de clínica sin reserva y con tan gráficas y expresivas palabras que el alumno se sentía como penetrado del saber del maestro. Fue URIBE asiduo asistente á las clínicas del Dr. Merizalde, aprendió los usos medicinales de muchas plantas, que después empleaba en su práctica, haciéndolas conocer en todas partes y vulgarizando su empleo.

Tanto por su afición á la botánica, como por exigirlo así la ley vigente sobre enseñanza médica, entró JOSÉ VICENTE á cursar en la clase que dictaba el Dr. Francisco Bayón en el Colegio de San Bartolomé en el año de 1851. De la gloriosa Expedición Botánica que creó y con tanto acierto organizó el sabio Mutis hacia fines del siglo pasado, sólo habían quedado como reliquia veneranda y vínculo de unión entre la Colonia y la República en lo que á la conservación de los conocimientos botánicos se refiere, el admirable pintor que tanto ayudó á Mutis en la Expedición Botánica, Don Francisco Javier Matiz, con quien adquirieron las primeras nociones de botánica los Doctores Céspedes y Bayón, únicos que por entonces conservaron encendido el fuego que tan vivos resplandores diera en tiempo de Mutis. Muerto el Dr. Céspedes (1848) "no le quedó á Matiz más compañero de amor á las plantas que el Dr. Bayón" y con éste hizo JOSÉ VICENTE los

estudios de botánica, ciencia en que sobresalió después y á la que consagró mucho tiempo durante su vida, hasta llegar á tener, como tuvo, grandes conocimientos.

A las nociones de botánica que adquirió con el Doctor Bayón quiso JOSÉ VICENTE agregar otras menos elementales, y para ello adquirió libros y coleccionó muchas plantas que tenía descritas, con indicación de sus virtudes medicinales.

El estudio de la naturaleza inorgánica presentaba para él un atractivo irresistible por la circunstancia de haberse criado en una comarca eminentemente consagrada á la minería y por las relaciones que tuvo desde su infancia con el ingeniero de minas, Mr. Tirell Moor, que había estado en Titiribí estableciendo una fundición y había inspirado en el joven URIBE cierta curiosidad y amor á las ciencias fundamentales de aquellas industrias. Felizmente cuando llegó á Bogotá pudo satisfacer la necesidad de adquirir los conocimientos que anhelaba, porque el ilustrado profesor Doctor Antonio Vargas Reyes había abierto á la sazón una clase de química, en el laboratorio del Colegio del Rosario, á la cual asistió con tanta consagración cuanto grande era el deseo que de aprender esa ciencia tenía. No hacía mucho que el Doctor Vargas había regresado de Europa, en donde estuvo cuatro ó cinco años consagrado al estudio, no sólo de los ramos de la medicina, sino también de las ciencias naturales y de la química; de modo que la clase que dictó en el Rosario no dejaba nada que desear, puesto que disponía de un magnífico laboratorio perfectamente provisto de aparatos y reactivos, y más que todo, de conocimientos y de amor inmenso á la enseñanza. Difícilmente se podrá dar una mejor que la que él dió de química inorgánica en aquella época, porque los hombres de la ilustración, talento y consagración del Doctor Vargas son raros en el profesorado de las ciencias. Fue JOSÉ VICENTE uno de los discípulos que más fruto sacaron de las enseñanzas del sabio profesor; con él adquirió en poco tiempo un cúmulo de conocimientos que supo utilizar en toda su carrera.

Los estudios de anatomía los hizo con el Doctor Joaquín Maldonado, en el Hospital de San Juan de Dios. Fue el Doctor Maldonado excelente catedrático; por su saber, consagración al cumplimiento del deber y maneras cultas é insinuantes, se hizo amar y respetar de sus discípulos, obligándolos al mismo tiempo á que aprendieran la difícil ciencia que se encargó de enseñar. Durante dos años siguió URIBE las lecciones de anatomía del Doctor Maldonado y en ese

tiempo adquirió bastante instrucción en este ramo de los conocimientos médicos.

Con el Doctor Jorge Vargas, hoy ilustre decano del cuerpo médico, hizo los estudios de patología y de fisiología y siguió las lecciones de clínica que dictaba en el Hospital, aprovechando las importantes observaciones de tan distinguido médico. Estudió cirugía con el Doctor Andrés M. Pardo, médico muy distinguido por su saber y por su decidido amor á la instrucción y al adelantamiento del país. Fuera de las cátedras que regentaba en los colegios, hacía el Doctor Pardo clases particulares y gratuitas en su casa á los estudiantes de medicina y les permitía tomar participación como ayudantes en las operaciones que practicaba. Otro tanto hacía el Doctor Vargas Reyes con sus discípulos, de modo que, si era escaso el número de profesores y deficientes los medios de enseñanza é imperfecto el plan de estudios de aquellos tiempos, la calidad suplía el número respecto de profesores, y los otros inconvenientes casi no se hacían sentir ante la abnegación, el patriotismo y la decidida voluntad que ellos emplearon en favor de la instrucción.

Dotado URIBE de gran capacidad intelectual y preparado con elementos tan favorables, obtuvo el grado de Doctor en Medicina que le confirió el Colegio Nacional de Bogotá, el 25 de Febrero de 1853, después de haber presentado los exámenes preparatorios que exigían los reglamentos, y se le expidió el título firmado por los Doctores Jorge Vargas, Antonio Vargas Reyes, Andrés M. Pardo y Francisco Bayón, que fueron quienes lo examinaron.

II.

Coronada su carrera en Bogotá, se apresuró el Doctor URIBE á regresar al lugar de su nacimiento, para presentar á sus amados padres el diploma que había obtenido en premio de su consagración al estudio y en testimonio de su aptitud para desempeñar las delicadas funciones del sacerdocio médico. Poco tiempo permaneció en Titiribí, lugar de poca población entonces, en donde no podía ejercer su profesión con la extensión y provechosos resultados que tenía derecho de aspirar á obtener quien se hallaba dotado de grandes aptitudes, que necesariamente inspiran grandes aspiraciones. Después de corta permanencia en Medellín recorrió casi todo el territorio antioqueño, residiendo algún tiempo en cada una de las principales poblaciones y

dejando en todas gratos recuerdos por el gran número de enfermos que curó, por la bondad y dulzura con que á todos trató y por las muchas miserias que alivió con generoso y noble desinterés.

En Antioquia, como en toda la República, el paludismo es la enfermedad dominante en todos los lugares en que la altura absoluta no pasa de dos mil metros, y fue á esa manifestación morbosa, que tan variadas formas reviste, á la que el Doctor URIBE consagró mayor atención y á la que llegó á combatir con mejor éxito. Es increíble el número de víctimas que el paludismo hacía entonces en los campos, en las poblaciones pequeñas y aun en las ciudades de nuestros climas de temperatura cálida y media, desde las hoyas de los grandes ríos hasta las montañas situadas á alturas en que la temperatura media es de 18 gr. La quina, agente específico para la curación de una enfermedad que abarca una zona tan extensa, se aplicaba sólo á las manifestaciones bien marcadas de las fiebres intermitentes, y eso en cantidad casi siempre insuficiente y en formas que difícilmente toleraban las vías digestivas, lo que hacía que la mayoría de los enfermos desechasen esta enérgica droga y buscasen el alivio en sus sucedáneas. En las fiebres palúdicas graves, malignas, en las formas larvadas, y sobre todo, en las variadas manifestaciones de los efectos producidos por el paludismo imperfectamente tratado, efectos que se revelan á menudo por caquexias, anemias, debilidades y flaquezas, que ocultan á la vista del médico poco ejercitado la verdadera naturaleza etiológica del mal y lo alejan por consiguiente de la indicación terapéutica, en todos estos casos la quina no se aplicaba.

En cuanto á la quinina, ó no se conocía ó se reputaba como un veneno terrible cuyos perniciosos efectos se temían más que las dolencias mismas causadas por la malaria. Los pocos médicos que se atrevían á administrar este medicamento, reputado tan peligroso, lo hacían con las mayores precauciones y á dosis homeopáticas, dejando así perecer infinidad de enfermos á quienes una dosis racional hubiera con toda seguridad salvado la vida. Débese al Doctor URIBE el tratamiento del paludismo por medio de la quinina á altas dosis; débente pues la vida millares de sus compatriotas, y la humanidad reconocimiento eterno como á uno de sus benefactores. Mientras que los médicos referían el paludismo á diversas causas, como al uso de las frutas y de la leche, á los baños y otras varias, el Doctor URIBE sostuvo que solo los gérmenes desarrollados en los lugares pantanosos de temperatura elevada, eran los que podían producirlo, y que el medio de combatirlo,

no era, como entonces se creía, dejando *correr la fiebre* y esperando el período de apirexia para aplicar el remedio á pequeñas dosis, sino dominando cuanto antes la enfermedad, atacándola enérgicamente en su causa con la aplicación de la quinina á altas dosis. ¡ Cuántos enfermos no perecían entonces víctimas de lo que llamaban *calenturas del Cauca y del Magdalena*, porque los médicos se abstentían de administrarles la quina y la quinina, pretextando que era necesario dejar que la fiebre bajara, y la fiebre no bajaba sino con la muerte !

No satisfechas las aspiraciones de JOSÉ VICENTE con la vida errante que hasta entonces había llevado y menos satisfecho aún del éxito financiero de sus correrías, cambió de rumbo y se puso á buscar en las empresas industriales aventuradas, en la febril actividad de los negocios, en el comercio, en la minería, en todo, ese algo misterioso y desconocido que llenaba su imaginación de sueños fantásticos y le obligaba á vivir en constante movilidad, en incesante actividad. Llamaba entonces la atención del mundo comercial la explotación de la ingente riqueza de los bosques de quina de la Cordillera oriental, y deseoso JOSÉ VICENTE de hacer extensiva á Antioquia la prosperidad que en los otros lugares del territorio colombiano desarrollaba el comercio de quininas, concibió el proyecto de explorar la Cordillera occidental, con el objeto de ver si en ella existían cinchonas análogas á las que motivaban la provechosa explotación de los otros ramales de los Andes colombianos. Explorar la región montuosa que demora al poniente del río Cauca, recoger muestras de las quininas, analizarlas y trazar una vía al Atrato que facilitara la exportación, fueron las bases del proyecto que concibió, para dar pábulo á su ardor de investigaciones y por amor al suelo natal, más que por el aliciente del lucro que tan vasto proyecto pudiera proporcionarle.

Salió de Medellín provisto de los instrumentos y demás objetos necesarios para la excursión, llegó á Titiribí, en donde terminó los preparativos del viaje en pocos días ; sus padres, que todavía estaban viviendo allí, se manifestaron temerosos, pero sin atreverse á estorbar ni menos á impedir los planes que su hijo iba á poner en ejecución exponiéndose á los mayores peligros. Partió de Titiribí, acompañado de un amigo y seguido de los peones necesarios para cargar los víveres, instrumentos, herramientas, &c ; pasó el río Cauca y dirigiéndose al poniente empezó á remontar por la vertiente oriental de la Cordillera hasta llegar á la cima, al *divortium aquarum* ó separación de las aguas tributarias del Cauca de las que van al

poniente á engrosar el Atrato. Hasta aquella cima había penetrado el hacha del colono antioqueño, se veía uno que otro desmonte; pero ninguno había doblado la Cordillera por aquel punto para descender hacia la hoya del Atrato.

Lentamente avanzaba en su excursión por la circunstancia de tener que ir examinando atentamente cada uno de los árboles y tomando muestras de las cortezas de los de quina, que era por entonces el objeto principal de la excursión. En aquel punto reorganizó la caravana antes de internarse definitivamente en el Chocó; devolvió los peones que habían quedado libres por el gasto de provisiones y sólo dejó los que estrictamente necesitaba para proseguir la vía. Las muestras de quina, numeradas y clasificadas según las alturas de donde procedían y los géneros ó especies á que pertenecían, fueron confiadas á los peones que devolvió para que las llevaran á Titiribí de donde las tomaría á su regreso para examinarlas y deducir su riqueza en alcaloides, lo que de paso no se podía intentar.

Principió el descenso por la vertiente occidental de la Cordillera guiado por la brújula, que iba á cargo de su compañero de viaje, abriéndose paso por entre el espeso y enmarañado bosque, cortando las malezas, cortando los troncos de los árboles corpulentos para que sirvieran de señales y pudieran guiar á los peones que regresaran; todo lo cual demandaba tiempo, actividad y energía. Se hallaba JOSÉ VICENTE en su elemento, rodeado de la naturaleza virgen que tanto amaba y alimentada su ardiente fantasía con lo inesperado, con lo aventurado de la situación, alentado por el éxito brillante que esperaba había de coronar sus esfuerzos. Varios días estuvo, sin descanso ni tregua, descendiendo por las selvas, teniendo que hacer derribar grandes árboles á las orillas de los ríos para arrojarlos de puentes y seguir avanzando, sin dejar de examinar la flora tan rara de aquellas regiones nunca vistas antes por seres humanos, según se podía colegir de la ausencia total de vestigios.

Era de verse el contento que manifestaba al encontrar cada nuevo paisaje, cada planta desconocida; la actividad que desplegaba en todas y cada una de las faenas, siempre siguiendo adelante, siempre firme en la resolución de llegar hasta el Atrato antes que otro por aquella vía que iba practicando con sus propias manos y á sus expensas, con peligro de perder la vida. Viéndose ya distante y temiendo que la provisión de víveres pudiera agotarse antes de llegar al término de la excursión, dispuso el regreso de los peones á Titiribí, para que volvie-

ran á entrar á la montaña con nuevas provisiones, y continuó el viaje sin llevar más que un peón para que condujera los escasos víveres que conservó al despedir bien racionados á los demás.

Así continuó unos tres días más, hasta que, al amanecer del cuarto día, notó que el peón que había dejado para que cargara las provisiones, había desaparecido huyendo á favor de la noche, sin ser visto ni sentido y llevándose lo que había de provisiones. Quedó, pues, abandonado en medio de las selvas, sin nada que comer, extenuado por el trabajo y las privaciones de los días anteriores en que había reducido la alimentación á lo puramente indispensable para el sostenimiento de la vida, en previsión de que, prolongándose el viaje, pudiera faltarle del todo. Viéndose en esta situación, resolvió sin vacilación y apoyado por su amigo y ahora único compañero de viaje que le había quedado, seguir adelante con la esperanza de llegar á las orillas del Atrato ó de encontrar alguna población, pues ya había descendido de la montaña y se encontraba en las llanuras del valle. Regresar era imposible, porque, careciendo de víveres y sabiendo que en toda la trocha no los encontraría, era condenarse á perecer de hambre, agobiado por el cansancio y la inanición.

Por otra parte, ¿cómo avanzar teniendo que abrirse paso, cuchillo en mano, por aquellos bosques de suelo pantanoso, observar la brújula para no perder la dirección, cargar instrumentos, abrigos y herramientas? Avanzó, sin embargo, hasta que rendido por la fatiga, el hambre y la debilidad consiguiente á la privación de alimento, cedió á la necesidad, empleó las últimas fuerzas que le quedaban en prepararse un alojamiento, un sitio abrigado al menos que le permitiera reposar y esperar. Pero, ¿qué esperaba? El regreso de los peones no podía hacerse antes de ocho días, dada la distancia y las dificultades que la crecida de los ríos, lo escarpado de la vía y el riesgo de extraviarse, podían oponerles. Del lado del Atrato tampoco podía esperar ningún auxilio, porque nadie sabía que se hallase por ahí en esos desiertos. El lugar en que se vió obligado á refugiarse, no le proporcionaba ningún recurso alimenticio, ni tenía fuerzas para salir á procurárselo. No le quedaba ninguna esperanza: la muerte por inanición tenía que poner término á su existencia, si las fieras y los reptiles ponzoñosos no se encargaban de hacerlo antes.

Yerto y casi inanimado estuvo allí esperando el fin de su vida cerca de tres días, al cabo de los cuales hubiera perecido si no hubiera recibido el inesperado socorro que sólo el amor materno, que siempre vela

por la conservación del hijo, pudo darle. Cuando llegaron á Titiribí los primeros peones que se devolvieron de la cima de la Cordillera, juzgó la madre de JOSÉ VICENTE que podían faltarles víveres á los que se habían internado, si no llegaban pronto al término del viaje ó si tenían algún obstáculo, y ordenó el envío de abundantes provisiones á toda prisa, con lo cual salvó la vida de su hijo, y la del compañero, á quienes encontraron los peones en tal situación que habrían bastado algunas horas de dilación para que sólo encontraran los cadáveres.

Con motivo de este acontecimiento tuvo que regresar sin dejar trazado el camino, y además el análisis de las pocas quininas que halló en la vertiente oriental de la Cordillera, manifestó que contenían la quinina en escasa proporción; en la vertiente occidental, no encontró quininas en la parte explorada, quedando por estas causas la empresa totalmente abandonada y perdido el trabajo, al menos por entonces. No debe, empero, considerarse del todo infructuosa esta excursión, porque dió á conocer una vasta extensión que nadie sabía positivamente los productos que pudiera suministrar á la industria, ni las ventajas ó inconvenientes que por su configuración, clima, recursos para la emigración, pudiera ofrecer; y que una vez explorada atrajo las miradas de muchos colonos, que no tardaron en establecer cultivos muy provechosos. La practicabilidad de la vía y la posibilidad de comerciar con el Chocó, quedaron igualmente resueltas desde esa época, con lo cual se promovió y facilitó la apertura del camino que á los pocos años se hizo, aunque variando algún tanto el trazo primitivo.

No fue parte el mal éxito de esta empresa ni el inminente peligro de perder la vida en que por causa de ella se vió, para desalentar al Doctor URIBE, ni menos para hacerlo desistir de sus proyectos, que en parte tuvo la satisfacción de realizar años después. Nuevas empresas ocuparon su mente y dieron sustento á su actividad: inició y tomó parte muy activa en las que se fundaron para cultivar el tabaco, industria que no se conocía en Antioquia, para asegurar el éxito de la cual hizo llevar de Ambalema un experto cosechero que enseñó el difícil y laborioso cultivo de la preciosa *Nicotiana*, que estaba dando á las vegas del alto Magdalena tanto valor, á la navegación del río vida, al comercio de Cundinamarca activo movimiento, á todo el país riqueza y prosperidad.

Tomó parte asimismo en otras varias industrias, particularmente la de minas, auxiliando, estimulando y protegiendo á Mr. Turner y su colonia de emigrados norte-americanos para que fueran á estable-

cerse en las ricas playas del río San Juan y difundieran en toda la comarca sus procederes de explotación de minas. Personalmente los condujo á Ríoclaro, en donde establecieron trabajos, tomó acciones en la empresa, les dió sabios consejos y utilísimas indicaciones acerca de los usos del país, de los preceptos higiénicos que deberían observar y del tratamiento médico de las enfermedades que no dejarían de atacarlos en aquellos bosques cuya posición y demás condiciones hacían de ellos la morada obligada del organismo generador de la malaria.

Y todo esto lo hacía sin desatender el objeto primordial de su vida, el cultivo de las ciencias, la medicina, la botánica, la etnología &c., sin dejar de ejercer la elevada profesión de médico, proporcionando á los enfermos el alivio de las dolencias con su ciencia, con la dulzura de sus modales, con la afabilidad de su trato y la magnanimidad de su alma, dotes que le granjearon tantos admiradores y amigos cuantos fueron los clientes que se le acercaron á solicitar sus servicios.

III.

Cuatro años habían trascurrido de esta manera, años de lucha, de esa inevitable lucha por la existencia que empieza cuando salimos del colegio y acaba en la tumba, sin haber logrado el Doctor URIBE asegurar aún las bases de su suerte futura, de modo que pudiera seguir recorriendo el curso de la vida, libre de grandes esfuerzos, de sacrificios y de abnegación. Los servicios médicos le habían sido mal remunerados; las empresas mercantiles, que se avienen mal con ciertos caracteres generosos, no le habían producido ningún beneficio, porque era, como dice Emiro Kastos, "de esos cuya vida está toda en el cerebro, que ricos de pensamientos y de fantasía, á fuerza de elevarse al cielo olvidan que caminan por la tierra, siempre tropezándose con los obstáculos del mundo, arañándose en las malezas sociales y corriendo en distintas direcciones sin llegar jamás á la meta; de esos que á fuerza de desear mucho, jamás consiguen nada, porque sus aspiraciones inmensas se estrellan contra la miserable realidad de las cosas."

El porvenir no se le ofrecía nada halagüeño si continuaba de ese modo, y como sus aspiraciones no podían reducirse á tan estrechos límites, ni podía dejar de alentar en su pecho el ardiente anhelo de adquirir conocimientos más vastos, de ocupar un campo más extenso para desplegar sus grandes aptitudes, de figurar en un teatro más á propósito para lucir sus dotes intelectuales, pensó naturalmente que

todo eso no lo podría conseguir sino viajando por Europa ; pero, para ello se necesita dinero, y él no se lo había podido proporcionar hasta entonces, por el mal éxito que habían tenido las empresas en que tomó parte. Felizmente acaeció que en las excursiones que hizo por el territorio que baña el río San Juan, se relacionó con la distinguida familia del señor Don Francisco María Restrepo, por la circunstancia de hallarse por ahí, ocupado en las mismas empresas mineras y en algunas otras, uno de los miembros de ella ; conoció á la señorita Leonor, la hija de Don Francisco María, y se casó con ella al cabo de pocos meses. El casamiento produjo en el Doctor URIBE un cambio muy favorable : fijó sus ideas, antes un poco vagas ; redujo sus aspiraciones limitándolas á lo posible y practicable, y se consagró asiduamente al estudio y al ejercicio de la medicina, abandonando las empresas en que tan mal resultado había tenido.

Cuando estuvo en el San Juan, tuvo ocasión de conocer los restos de las antiguas tribus aborígenes que aún poblaban aquella región, y emprendió el estudio de sus usos y costumbres, fijándose particularmente en el lenguaje, que aprendió y del cual formó un vocabulario con notas muy interesantes acerca de la formación y derivaciones de las voces. Según dice el Doctor Manuel Uribe Angel, en su *Geografía general y Compendio histórico del Estado de Antioquia*, los indígenas que existen sobre las vertientes del río San Juan son de origen Caramanta, y se encuentran allí algunos naturales del Chamí, pueblo situado al respaldo de la Cordillera en la parte alta del río Andágueda, tributario del Atrato, y pertenecen al grupo de los Catíos, que ocupaba antes el territorio comprendido entre la margen occidental del Cauca antioqueño, el curso del Atrato, la costa Atlántica y la serranía de Abibe.

A poco tiempo fue á establecerse el Doctor URIBE al valle del Cauca, fijó su domicilio en Cali y hacía excursiones á las demás poblaciones cuando de ellas reclamaban sus servicios. Allí adquirió en poco tiempo gran reputación por el acierto que tuvo en el tratamiento de las enfermedades y por la dulzura de sus maneras, que en todas partes le captaron siempre la simpatía y el afecto de cuantos lo trataron.

Sucedió entonces que en Antioquia escasearon las mercancías extranjeras casi hasta el punto de agotarse muchos artículos de primera necesidad á consecuencia del sitio que puso el General Mosquera en la guerra de 1860-1862. Ocurriósele, por esta circunstancia, el atre-

vido proyecto, que llevó á cabo: cayó una vez más en la tentación de los negocios; fue á la costa del Atlántico é hizo una compañía con el señor J. B. Mainero y Truco, de Cartagena, para introducir un cargamento de mercancías por el Chocó, única vía que estaba libre. Las dificultades que ofrecía esta aventurada empresa habrían sido insuperables para otro: sólo él podía llevarla á buen término por el conocimiento que tenía de aquella comarca y la seguridad de poder introducir las mercancías, seguridad que fundaba en la exploración que desde 1856 había hecho. Logró, en efecto, importar el cargamento, con lo cual hizo un inmenso servicio al pueblo antioqueño, tanto por haberlo provisto de las mercaderías de primera necesidad que ya se habían agotado y que no le podían llegar por las prohibiciones decretadas y por la vigilancia que se había establecido en los puertos, como por haberle abierto una vía de comunicación que lo libra de volverse á ver sitiado, ó por lo menos que hace el sitio muy difícil, y que ha promovido un comercio ventajosísimo con el Chocó. Para él no fue el resultado financiero de esta empresa mejor que el de las otras que había acometido antes: decididamente no era hombre de negocios.

Volvió después al Chocó, en donde completó los estudios de la lengua indígena, acabó de escribir el vocabulario y con lo que le produjeron su profesión y el comercio de drogas, pudo al fin satisfacer la necesidad que sentía de ilustrarse viajando por Europa, á donde se dirigió inmediatamente. Visitó las principales ciudades del Viejo Mundo, asistió á las clínicas de los médicos más notables, á las conferencias de los más distinguidos profesores, tomando notas de cuanto le pareció interesante y digno de hacerse conocer en Colombia; reunió un voluminoso registro de todas esas notas, que le permitió conservar frescas y vivas, por decirlo así, las enseñanzas clásicas de sus maestros.

No sólo consagró el tiempo y sus grandes capacidades al estudio de la medicina, sino que abarcó otros ramos, particularmente el de la lingüística, llegando á conocer con bastante perfección varios idiomas, de los cuales hablaba francés, inglés, italiano, portugués y alemán. Tuvo mucha predilección por el árabe y lo estudió y llegó á conocer también que pudo escribir una gramática, que existe inédita entre los manuscritos que dejó. Era entusiasta admirador de los árabes, y cuando estuvo en España visitó con veneración los monumentos que allí se han conservado de la época floreciente en que la medicina, la agri-

cultura y el comercio estaban en poder de los moros, que les dieron tal impulso que España era entonces el pueblo más culto de Europa.

Estuvo en Silesia á visitar al señor Reinold Paschke, de Breslau, notabilísimo metalúrgico con quien se había relacionado en Titiribí cuando éste dirigía las empresas de fundición del Zancudo; fue presentado por Paschke, en Friedberg, á varios sabios y muy particularmente recomendado al Dr. A. Bastdan, de Berlín, y habiendo sabido éste que el Doctor URIBE había estudiado el dialecto de los naturales del valle del Cauca y del Chocó, le instó para que le diera á conocer sus escritos, lo que hizo con gusto. Dióle el vocabulario y las notas referentes, tanto al lenguaje como á los usos y costumbres de los pueblos y á la topografía. El Dr. Bastdan, hizo traducir al alemán este importante trabajo y lo publicó en su *Zeitschrift für Ethnologie*. Mr. Albert S. Gasthet, lingüista encargado de la *Sección de Etnografía de la Smithsonian Institution de Washington*, habiendo leído la traducción del vocabulario, escribió una carta al Doctor URIBE en que le dice:

“Como soy especialista en estudios de lingüística americana, he hallado que los indios que habitan la costa del Pacífico, al Oeste del valle del Cauca, hablan un dialecto de la misma familia que el de los que usted ha estudiado. Este dato etnográfico, de importancia, lo he podido obtener, porque he estudiado con el mayor interés el vocabulario que usted transmitió al Dr. Bastdan, de Berlín; y que él hizo traducir y publicar. Le agradecería mucho me informara acerca de sus ulteriores trabajos sobre la lengua, los dialectos, la topografía de las tribus que habitan el valle del Cauca y los Estados colombianos en general.....”

Aparece, pues, que los indígenas del valle del Cauca y los del Chocó, no son de origen Caribe, como lo habían creído y aseverado algunos escritores, sino que se refieren á los de la costa del Pacífico. Este dato, que Mr. Gatschet califica con razón de importante, débese á los trabajos de nuestro sabio, modesto y laborioso compatriota, Dr. URIBE. Entre nosotros casi no se conoce este trabajo, del cual sólo sabemos que se haya publicado una parte en la obra de *Geografía de Antioquia* del Dr. Uribe Angel, á quien se lo comunicó el autor, como se comprueba con el siguiente párrafo de una carta que el Dr. Uribe Angel le escribió de Medellín, con fecha 20 de Julio de 1883, que dice:

“Recibí con gusto y gratitud el pequeño vocabulario indio que

tuvo la bondad de mandarme, y lo tengo arreglado ya, en conformidad con sus deseos, y lo agregaré al capítulo Etnografía de mi libro sobre Geografía é Historia de Antioquia.....

“Usted ha sido un excelente amigo siempre consecuente y leal. Acepte la expresión de mi reciprocidad y de mi tierno é inalterable afecto.”

Admiraba siempre el Dr. URIBE el valor de los Cunas, indígenas que han sabido conservar su independencia hasta nuestros días, y trató de obtener algunos datos acerca de ellos, lo que consiguió á fuerza de trabajo y exponiéndose á los mayores peligros. En la preciosa leyenda “Una escena entre los Cunas,” que se publicó en el *Papel Periódico Ilustrado* (Año III, 1883-1884.), nos dejó consignados algunos de los rasgos característicos de esa raza y bellísimas descripciones de la región que habita. “Sobre las costas del mar Atlántico, dice en la introducción, allá en las vastas montañas que dominan el Golfo del Darién, existe una bella comarca que los conquistadores ibéricos no pudieron subyugar. Allí hay aún americanos que conservan puras su raza y su lengua, y sus costumbres tan íntegras como las recibieron de sus padres. Sus hermosas montañas, sus deliciosos ríos y pintorescas poblaciones son casi desconocidos hasta hoy. Aquella tierra de valientes es el país de los Cunas.”

De Europa pasó el Dr. URIBE á los Estados Unidos del Norte, en donde, á la vez que seguía estudiando, observando y anotando todo lo que encontraba notable, ejerció la profesión de médico, tuvo numerosa clientela en Nueva York, que fue en donde más tiempo se detuvo. Cuando regresó á Colombia, se estableció en Cali, y allí vivió algunos años consagrado á estudiar y á difundir sus conocimientos que, con el viaje á Europa, se habían extendido considerablemente; tuvo clientes en todo el Estado del Cauca y prestó generosamente sus servicios á todos, sin distinción de clases, al pobre como al rico, al blanco como al negro ó al indígena; á todos hacía extensiva su ciencia, y para cada uno tenía una palabra de consuelo, una voz de aliento ó un consejo oportuno que, emitido á manera de anécdota y adornado con las galas del lenguaje, quedaba grabado como un precepto.

Allí vivió hasta el año de 1876, en que, habiendo estallado la guerra, fue nombrado Cirujano mayor del Ejército del Sur. Tomó de la botica que tenía en Cali todas las drogas é instrumentos que pudiera necesitar el ejército y se puso en campaña, acompañando al

General Julián Trujillo, General en jefe del Ejército, hasta la terminación de la guerra y sometimiento del Estado de Antioquia, después de la batalla librada en Manizales el 5 de Abril de 1877. En todos los partes que recibió el Gobierno, se recomienda especialmente la conducta del Dr. URIBE: en el de la batalla de Los Chancos dice el General Trujillo:

“Séame permitido hacer á la vez y de la misma manera mención del cuerpo de Cirujanos del Ejército, y con especialidad de los Dres. JOSÉ VICENTE URIBE y Domingo Cajiao C., quienes en medio de los fuegos acudían á prestar á los heridos los auxilios de su profesión, sacando á varios de ellos á los lugares donde podían ser aliviados y atendidos.” (*Diario Oficial*, Año XII.—25 de Octubre de 1877, número 3,844).

Y el General Miguel Bohórques, Comandante general de la tercera División del mismo Ejército, en el parte detallado de la batalla, dice:

“No olvido tampoco al médico de la tercera División, el sabio y ardiente republicano Dr. JOSÉ VICENTE URIBE, que estuvo en medio de los fuegos recogiendo nuestros heridos, y que después del combate auxilió también á los heridos del enemigo con paternal solicitud.” (*Diario Oficial*, año XII.—11 de Octubre de 1877, número 3,840).

Después del combate de Manizales, vuelve el General en jefe á recomendar y encomiar al Gobierno los nobles y abnegados servicios que prestó el Dr. URIBE al Ejército del Sur en todo el tiempo que duró la campaña. (*Boletín Oficial* número 103).

IV.

Terminada la guerra, vino el Dr. URIBE á establecerse en Bogotá, y entonces empezó para él un período de honores y distinciones, de cargos y empleos, en que se hizo ostensible su mérito, que hasta esa época se había mantenido oculto y desconocido por la modestia, sencillez y naturalidad con que siempre procuró disminuir la importancia de sus trabajos, minorar el alcance de sus investigaciones y desviar la atención para que no recayera sobre él ningún elogio, para conservarse exento de mezquinas pasiones y pueriles ambiciones. Podría juzgarse que, al conferirle el Gobierno algunos honores, hubiera tratado de recompensarlo por el brillo que dió á la patria con sus traba-

jos científicos, ó acaso de premiarle los importantes servicios que como médico había prestado con tanta abnegación y el desinterés que había tenido para fomentar empresas industriales y comerciales en que ningún lucro obtuvo para sí; pero lo probable es que sólo se tratara de utilizar sus conocimientos científicos para que los difundiera en la cátedra; su probidad y patriotismo para que, confiándole algunos ramos de la administración, les imprimiera ese carácter de rectitud que formó el sello distintivo de sus actos particulares.

En el decenio de 1877 á 1887 queda comprendido el período de su vida pública, durante el cual desempeñó empleos honoríficos, de los cuales sólo mencionaremos ligeramente algunos. El General en jefe del Ejército del Sur, en atención á los importantes servicios prestados al Gobierno en el destino de Cirujano Mayor del Ejército, lo nombra Coronel efectivo, nombramiento que el Poder Ejecutivo reconoce luégo; la Legislatura del Cauca lo nombra Senador Plenipotenciario; el Gobierno de Cundinamarca, miembro de la Junta de Beneficencia y ésta miembro de la Junta de Profesores de Medicina; el Consejo Nacional Legislativo, miembro del Consejo de Estado por parte de la Cámara del Senado; el Gobierno Ejecutivo, Miembro de la Junta Directiva del Banco Nacional, Secretario de Instrucción Pública, &c., &c.

Al recibirse de miembro de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, fue elegido Presidente para el período reglamentario; el Gran Consejo Universitario lo designó para Catedrático de varias asignaturas en la Escuela de Medicina, entre otras la de Anatomía patológica especial y la de Clínica, en el desempeño de las cuales prestó muy señalados servicios, hizo conocer su vasta erudición y dejó gratos recuerdos á sus discípulos, de quienes se hizo amar, como lo testifican las siguientes palabras que uno de ellos pronunció en el cementerio: "Nosotros, sus discípulos, lo admiramos siempre, pero jamás pudimos comprenderlo lo bastante. Él hacía de la cátedra una reunión de familia; se confundía entre sus discípulos sin muestra alguna de superioridad, procurando más bien ocultar sus talentos, como para bajar á nuestro nivel y evitarnos el recogimiento natural que imponían, á pesar suyo, su ilustración vastísima y su espíritu superior. Así manejaba á sus discípulos, pero así se hacía amar de ellos, y esto era lo que más lo complacía." (Dr. Luis M. Rodríguez).

En 1885 hizo el segundo viaje á Europa, encargado por el Gobierno del Consulado de Burdeos; cuando regresó, estuvo algún tiempo

en Antioquia, pasó luego á Bogotá, y, en 1889, volvió al lugar de su nacimiento para cumplir con el penoso y sagrado deber de reunir y depositar en honrosa sepultura los restos de sus padres, que habían muerto durante su ausencia. Hecho esto, regresó á Bogotá, y vivió consagrado á su numerosa clientela hasta el 1.º de Diciembre, día en que, sintiéndose atacado de una grave dolencia, se vió obligado á retirarse. El día 20, á las seis de la mañana, murió á consecuencia de una congestión cerebral con que se complicó la fiebre tifoidea de que se hallaba afectado, y contra la cual encallaron las sabias prescripciones de los más notables comprofesores que á porfía se esforzaban por salvarle la vida, y los solícitos y afectuosos cuidados de su digna familia y de sus adictos y reconocidos amigos.

El señor Dr. Daniel E. Coronado, Vicepresidente de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, á nombre y en representación de ella, pronunció el discurso fúnebre en el cementerio ante el cadáver del Dr. URIBE, que fue inhumado ese mismo día; el señor Doctor Luis M. Rodríguez, en nombre de los antiguos discípulos de la Escuela de Medicina, expresó allí mismo, en elocuentes y sentidas frases, el pesar que la prematura muerte del ilustre Catedrático les había causado, y el señor Dr. Leonardo Méndez habló también para lamentar la pérdida del sabio y bondadoso maestro. La *Revista Médica de Bogotá* y los demás órganos de la prensa han registrado con gran sentimiento el infausto acontecimiento, recordando los muchos méritos del difunto y recomendándolo á la veneración de la posteridad.

Tales son, trazados á grandes pinceladas y con lenguaje árido y desprovisto de galas, inspirado sólo por el afecto y la estimación, los rasgos más notables de la vida del Dr. JOSÉ VICENTE URIBE. Si hemos logrado dar á conocer, siguiendo las vicisitudes de su existencia, el papel que desempeñó en la sociedad; los servicios que prestó como médico durante treinta años de asidua consagración al ejercicio de su profesión; los trabajos científicos que, para honra de su patria, llevó á cabo en diversos ramos, como la medicina, la botánica, la lingüística, la etnografía, &c.*; los variados conocimientos que difundió en la cátedra y fuera de ella, ya en las magistrales lecciones que dió en la Escuela de Medicina, ya en su conversación, con la cual instruía sin pretensión, antes bien tratando de ocultar con modestia y sencillez su sabiduría é ilustración; la recta razón, el sano criterio y probidad que manifestó en el desempeño de los empleos públicos;—si hemos logrado, repetimos, dar á conocer todo esto, habremos hecho la bio-

grafía ó historia de su vida y nada más. Pero no hemos dado á conocer,—ni siquiera lo hemos pretendido,—al hombre de corazón grande, afectuoso, expansivo, al pensador, al filósofo magnánimo y filantrópico que se esforzó durante su vida por asegurar las conquistas de la libertad, la independencia del pensamiento y el progreso de la humanidad.

Temerario hubiera sido que intentáramos, dada la flaqueza de nuestra inteligencia, medir con ella la grandeza de su alma y la elevación y nobleza de sus pensamientos. No queríamos, por otra parte, exponerlo ni exponernos á que sus opiniones ó el juicio que de ellas emitieramos, fueran á motivar ni aun la más ligera discusión. Recordamos haber leído en un crítico las siguientes palabras, referentes á los escritos del Emperador Marco Aurelio: "No se le comprende sino leyéndolo con el corazón; son sus escritos libres y apacibles efusiones del alma, que no deben ser objeto de vana curiosidad ni tema de erudición y controversias." Adoptando esta opinión, querríamos que se leyera con el corazón este sincero Boceto, efusión del alma, tributo de afecto y gratitud al amigo cuya pérdida lamentamos y en cuya tumba, derramando abundantes lágrimas, le colocamos esta corona.

JUAN DE D. CARRASQUILLA L.

Bogotá, Febrero de 1890.

TRABAJOS ORIGINALES.

COMUNICACION SOBRE TRES LAPAROTOMIAS.

(Continuación).

OBSERVACIÓN NÚMERO II—QUISTE MÚLTIPLE DEL OVARIO DERECHO.
OVARIOTOMÍA.—CURACIÓN.

Eugenia Rojas, 30 años, natural de Neiva, costurera, soltera; ocupó la cama número 79 de mi servicio el 2 de Mayo de 1889.

CONMEMORATIVOS:—Murió su madre en una edad avanzada de un mal al corazón. No sabe nada respecto á su padre. Ha vivido siempre en condiciones de mediana comodidad en Neiva. Sufrió allá de fiebres palúdicas por muchos años, de bronquitis y neumonía en tierna edad. Hace ya muchos años tuvo frecuentes metrorragias; la sangre que expulsaba era negra, coagulada en parte y

fétida: Ha tenido después amenorreas por espacio de tres y cuatro meses. Hace como seis años sintió una bolsa pequeña debajo del ombligo que se desbordaba hacia la derecha. Sintióla crecer día por día hasta que le ocupó todo el abdomen. En este estado le hicieron una punción en el Hospital de Neiva y arrojó, según dice ella, cuatro arrobas de líquido oscuro. El vientre quedó flojo, pero á los tres meses sufrió una caída sobre el abdomen y le volvió á crecer al mismo tiempo que se le edematizaron las piernas. Le hicieron después, en distintas épocas, ocho punciones. Por fin resolvió ir á Chiquinquirá á cumplir una promesa; mas, al llegar á Bogotá, la dispnea no la dejó seguir su camino. Esta circunstancia la obligó á buscar refugio en el Hospital de San Juan de Dios. En el día que siguió á su entrada le practiqué una punción exploradora que dió por resultado la expulsión de unos 15 litros de líquido oscuro, casi negro, y albuminoso. El examen de la enferma dió el resultado siguiente: acostada en el decúbito dorsal presenta un vientre aplanado y saliente hacia los flancos que hacía creer en una ascitis voluminosa. La percusión denota, con todo, un sonido mate, en toda la región para-umbilical. La macicez del abdomen no se desaloja con el cambio de posiciones de la enferma. La palpación señala una fluctuación profunda hacia la izquierda; surcos duros que limitan lóbulos en la línea media y cambios de consistencia en diversos puntos. La circunferencia del vientre al nivel del ombligo es de un metro 10 centímetros. El tacto vaginal muestra el cuello del útero desviado hacia la derecha y algo elevado.

El examen, así como la punción exploradora, nos autorizaron para diagnosticar un quiste ovariano, sin poder determinar de qué lado.

Desde luego parecía multilocular.

Propuesta la ovariectomía á la enferma, la aceptó después de vacilar mucho. Cuando la estábamos preparando, contrajo tifo exantemático en el Hospital y por este motivo no se pudo practicar la operación hasta el 3 de Septiembre.

OPERACIÓN:—En la misma casa que la anterior y con las mismas precauciones antisépticas, se comenzó la operación á las 12½ p. m. La incisión de la pared abdominal la comencé desde dos centímetros arriba del ombligo hasta muy cerca de la sínfisis pubiana. Diseccionando capa por capa llegué muy pronto á un tejido duro y resistente, pero que tenía el color del peritoneo. Después de cerciorar-

me por la percusión de que no había masa intestinal debajo, practiqué un pequeño ojal y en el acto salió gran cantidad de un líquido citrino muy distinto del que se evacuó por medio de la punción exploradora. Creí por lo pronto que sería líquido proveniente de una ascitis, más luégo, después de prolongar mi incisión del ojal hacia abajo, me convencí de que había penetrado en una de las muchas bolsas de un quiste multilocular. Por lo pronto me desconcerté porque las paredes del quiste que había incidido, estaban íntimamente adheridas á las paredes abdominales. Ya pensaba cerrar ese abdomen y dejar la operación comenzada, cuando se me ocurrió prolongar mi incisión en las paredes del quiste algunos centímetros hacia abajo. En el ángulo inferior de la incisión logré penetrar en la cavidad abdominal y, explorando bien, encontré que aún no estaba perdido todo; que el flanco izquierdo estaba libre en su mayor parte. Como dentro del quiste que yo había abierto existían otros de menores dimensiones, evacué dos más; entonces comencé á separar adherencias de la pared abdominal derecha, en seguida de la izquierda y después pude atraer hacia mí útero y ovario derecho, del cual se desprendía el tumor. Separadas las adherencias que el tumor tenía con el útero y una pequeña con la vejiga, procedí á desprenderlos de su pedículo ó más bien á formarle uno, porque el quiste estaba implantado á toda la cara lateral del útero, y del ovario no quedaba sino un residuo. Después comencé el trabajo de disección más penoso, pues el tumor estaba adherido al hígado, estómago y bazo por arriba, y á algunas asas intestinales hacia atrás. Para facilitar los desprendimientos de tantas adherencias apliqué primero grandes pinzas de Péan entre el tumor y ellas, y después otra entre la primera y el tumor. Entre las dos pinzas cortaba. Después de haber sacado el tumor despedazado, cedí á la fina disección de los pedazos de quiste que se habían quedado prendidos á algunos órganos. Después de ruda labor lo conseguí. Naturalmente había siempre alguna hemorragia; para calmarla me servía del procedimiento de Hegar: acercar un termo-cauterio calentado al rojo; casi siempre bastaba la irradiación de calor tan intenso para calmar las pequeñas hemorragias. Cuando eran más importantes ligaba, aisladamente si podía hacerlo con facilidad ó si no en masa, para no perder tiempo, y aun así duró la operación casi tres horas. Hecha la hemostasis completa, procedí á la toilette

del peritoneo que en este caso tuvo que ser más extensa que en el anterior. Terminada la sutura abdominal, quedamos mis compañeros los Dres. Güell, Amaya y Rodríguez y yo preguntándonos si aún era posible que la operada viviera ; mas su pulso fuerte y su respiración regular, nos inspiraron confianza y entonces la inquietud de nuestros ánimos fue reemplazada por la dulce sensación de haber ganado una gran batalla, sensación que debía aumentar cada día.

Hecha la operación se puso en el lecho rodeada de cojines que contenían agua tibia. La enferma se encuentra en el decúbito dorsal ; el rostro frío y cubierto de un sudor abundante, la respiración anhelosa y precipitada. Poco después de puesta en el lecho tuvo dos veces tendencia á los vómitos y en las primeras horas de la noche frecuentes náuseas ; después durmió. A las 11 p. m. vomitó 40 gramos de un líquido claro y trasparente. Se le sondeó y salieron 250 gramos de orina normal ; sed constante ; el sudor disminuyó en las últimas horas. Como tratamiento : agua con hielo para detener las náuseas, se le puso una inyección de morfina y atropina y tomó unas tres cucharadas de caldo.

Septiembre 4—El pulso débil y acelerado, la temperatura normal. Tuvo náuseas frecuentes durante el día y la noche ; ha tenido doce veces vómitos biliosos, siendo de notar que el café negro los calmaba casi inmediatamente. En las primeras horas de este día durmió tranquilamente por espacio de 2 horas y en el resto de él concilió por 6 veces el sueño, despertándose á cada momento. La sed la atormentó constantemente. Tuvo dos accesos de dispeña ; se quejó con frecuencia ; se le sondeó dos veces ; en la primera salieron 250 gramos y en la segunda 200 gramos de orina normal.

En cuanto á la alimentación y tratamiento se le suministró agua, hielo, champaña helada, con mucha frecuencia café negro para calmar los vómitos, una lavativa alimenticia, dos inyecciones hipodérmicas de brandy y una de sulfato de atropina y de morfina.

Septiembre 5—El pulso se ha levantado. Náuseas y vómito frecuentes de naturaleza biliosa y poco abundantes. La atormenta una sed intensa, á cortos intervalos manifiesta malestar. Dolores en el abdomen, meteorismo. Se le sondeó dos veces : en la primera salieron 250 gramos y en la segunda 150, por último orinó espontáneamente 500 gramos de orina normal. Durmió á cortos intervalos. Durante el día tomó agua helada, hielo, champaña helada, vino blanco

y café negro. Se le pusieron dos inyecciones, una de cafeina y otra de morfina.

Septiembre 6—En este día en las últimas horas se elevó de una manera notable la temperatura. Las náuseas casi desaparecieron; los vómitos han disminuido tanto en número como en duración, han dejado de ser biliosos. Siente fatiga y ardor en la región epigástrica acompañada de dolor abdominal y meteorismo. Durmió varias horas muy tranquilamente; se le sondeó tres veces y se le sacaron 400, 300 y 200 gramos respectivamente. Se le puso en el ano un tubo y esto dió lugar á desprendimiento de gases y á la salida de un líquido blanco espumoso. Se le dió agua y champaña helada, se le pusieron cinco lavativas alimenticias y dos inyecciones hipodérmicas de morfina y atropina.

Septiembre 7—La enferma manifiesta animación. La temperatura sigue elevada. Los vómitos y las náuseas han casi desaparecido; sólo ha tenido un acceso de cada uno de ellos. Siente ligeros dolores en el estómago y en el tórax. Se sondeó dos veces y se le sacaron 200 gramos de orina término medio y después orinó espontáneamente 400 gramos de orina normal. Ha hecho una deposición líquida de color amarillo pálido. La mayor parte de las horas del día ha disfrutado de un sueño tranquilo. Se le dió vino, agua de cebada y de linaza, una cucharada de bromuro de potasio; café negro, champaña, y se le puso una inyección hipodérmica de morfina.

Septiembre 8—Mucha tranquilidad; duerme frecuentemente, siguen los dolores epigástricos y abdominales, tiene frecuentes deseos de toser, pero no lo hace por causarle dolor. Se le sondeó y salieron 400 gramos y orinó después espontáneamente dos veces. Tomó las mismas bebidas anteriores, el caldo con mucha frecuencia. Se le pusieron una inyección hipodérmica de sulfato de morfina y tres lavativas alimenticias.

Septiembre 9—Rostro enrojecido á causa de la temperatura elevada. Está inquieta, tose con frecuencia, arroja algunos gases intestinales; orina tres veces 250 gramos término medio, se le hace la primera curación y se nota lo siguiente: la herida cicatrizada por primera intención. Solamente los puntos números 3º y 8º de arriba para abajo, dejan salir una gota de pus al retirar la seda de la sutura. Se le pusieron tiras de esparadrapo aplicadas sobre un

paquete de yodoformo y algodón ; además para sujetar las paredes abdominales se le aplicó un vendaje de franela. Tomó agua de azúcar y de cebada ; tomó dos veces 0.30 centígramos de sulfato de quinina, dos cucharadas de looc pectoral y tres lavativas alimenticias.

Septiembre 10.—La temperatura descendió á la normal ; la enferma presenta un aspecto animado y tiene buen apetito, se le sondeó dos veces y se le sacaron respectivamente 600 y 200 gramos de orina normal. Comió carne asada, pollo, huevo, tomó repetidas veces agua de linaza y de cebada y vino de quina. Se le pusieron una inyección de morfina y atropina y tres lavativas alimenticias.

Septiembre 11.—No presenta más de notable que dolores de las caderas y de la región hipogástrica. La alimentación y tratamiento los de los días anteriores. Durante los días 12 y 13 de Septiembre no hubo nada anormal. El 12 se le dió un purgante y este mismo día y el 13 hubo deposiciones abundantes y normales.

El 14 hizo una deposición abundante. En la noche del 15 tuvo picadas ligeras en la región epigástrica que la desvelaron. El día 16 se la curó de nuevo ; los puntos supurados dejaban salir pus. De este día en adelante la enferma continuó mejorando visiblemente. Hoy la podéis ver completamente curada ; solamente la aqueja un dolor ciático que se le ha presentado en los últimos días.

Estas operaciones son interesantes desde varios puntos de vista.

1º Porque son las primeras de las practicadas en esta capital que han sido coronadas de buen éxito ;

2º Porque demuestran cuál es el poder de la antisepsis prudentemente empleada, y

3º Porque la segunda de ellas hace palpable cuánto se puede conseguir con calma y sangre fría.

* * *

En lo que toca al punto número 1º es bien sabido que en Bogotá se han practicado anteriormente una histeroectomía y tres ovariotomías, todas con funesto resultado. Antes de las dos laparatomías, de las cuales os doy cuenta, había practicado yo una exploradora, en un hombre, con buen resultado.

Quizá os interese el conocer la historia clínica.

Es la siguiente :

(Continuará).